

059

DOCUMENTOS

---

# TRUMP Y LA NUEVA ERA GEOPOLÍTICA

Una reflexión en vivo

Ignacio Ramonet

# TRUMP Y LA NUEVA ERA GEOPOLÍTICA

## Una reflexión en vivo

**Ignacio Ramonet**

Introducción .....	3
Principales crisis en el mundo en que vivíamos.....	4
Clases medias empobrecidas y victoria de Trump .....	14
El mesianismo de Trump .....	18
El proyecto geopolítico de Trump: separar a Rusia de China.....	21
Trump y la nueva aristocracia tecnológica .....	22
Una comparación entre Hitler y Trump .....	24
Una sociedad postmediática.....	25
No hay respuestas definitivas .....	25
El transhumanismo: una de las ideas centrales del programa de Trump .....	26



**Documentos 59**

Junio de 2025

[www.mrafundazioa.eus](http://www.mrafundazioa.eus)

@mrafundazioa

## INTRODUCCIÓN\*

Buenas noches. En primer lugar, quiero agradecer a los organizadores, a Javi y a José, por la gentileza de habernos invitado. Para nosotros siempre es un placer estar en Euskadi, y en particular aquí en Donosti. Hacía tiempo que no veníamos a conversar.

A Esta intervención no es una conferencia preparada, escrita u organizada de antemano, sino una reflexión en vivo a partir de los elementos que nos brinda la actualidad. Ayer, por ejemplo, hubo una comunicación directa entre Trump y Putin. Hoy, Trump ha hablado con Zelensky. Las autoridades israelíes han decidido tomar medidas de fuerza para obligar a los palestinos a desplazarse nuevamente, probablemente del norte hacia el sur. También se celebró hoy una conferencia en los Emiratos entre el presidente de la República Democrática del Congo y el presidente de Ruanda, con el objetivo de poner fin a la terrible guerra que lleva años devastando el este del Congo, con cientos de miles de muertos. Se trató de un encuentro entre el presidente Tshisekedi del Congo y el presidente Kagame de Ruanda, en relación al conflicto contra el grupo M23.

Sobre estos temas queremos hablar hoy, porque vamos a hablar de geopolítica. La geopolítica es una ciencia social y política que se ocupa de reflexionar sobre las relaciones entre las potencias, teniendo en cuenta factores como la geografía, la riqueza de cada nación, su capacidad defensiva en términos de armamento, y sus redes de influencia a nivel mundial. Se trata de una disciplina que comenzó a desarrollarse sobre todo a finales del siglo XIX. Se dice que fueron los alemanes quienes la iniciaron, pero hoy nos vemos obligados a pensar sobre ella de nuevo. ¿Por qué? Porque desde la llegada de Trump al poder, hace menos de dos meses, el edificio del sistema internacional ha comenzado a moverse.

No quiero afirmar que ese sistema se haya derrumbado –aunque, en mi opinión, está comenzando a hacerlo–, pero sin duda está en proceso de transformación. Este sistema internacional, tal como ha funcionado durante los últimos 80 años desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, ha empezado a cambiar con la llegada de Trump. Los primeros en sentirse sorprendidos, desorientados e impactados por estas decisiones han

---

\* *Transcripción de la charla de Ignacio Ramonet, periodista y politólogo, el 19 de marzo de 2025 en Donostia, organizada por Ezkerra Berdeak*

sido los dirigentes europeos. No se imaginaban que la potencia tutelar de Europa –la potencia que ha organizado, protegido e incluso colonizado Europa desde el final de la Segunda Guerra Mundial– pudiera ahora mostrar un desinterés tan marcado por lo que ocurre en el continente, especialmente en materia de seguridad. Parece preferir establecer una relación privilegiada con Rusia, país que gran parte de Europa considera una amenaza.

Esto crea una situación inédita. Sobre este contexto es sobre el que vamos a reflexionar. No tengo una tesis cerrada, ya que no hay aún suficiente distancia temporal para sostenerla con firmeza. Lo que puedo hacer es compartir lo que pienso hoy. Tal vez los acontecimientos de mañana me desmientan, pero creo que es necesario atreverse a pensar.

Voy a hacer una exposición inicial, pero más adelante, si lo desean, podremos abrir el diálogo con intervenciones desde la sala. El objetivo es tratar de comprender cómo se está dibujando este nuevo mundo, porque efectivamente estamos entrando en uno nuevo. El mundo que conocíamos hace apenas dos meses ya no existe, y su vigencia será cada vez menor. Debemos entender cómo acomodarnos a esta nueva realidad, que sin duda está llena de peligros –quizá de un tipo de peligros que no hemos conocido desde hace mucho tiempo–.

## **PRINCIPALES CRISIS EN EL MUNDO EN QUE VIVÍAMOS**

En esta primera parte, quisiera simplemente recordar en qué tipo de mundo estábamos. Un mundo que, desde el punto de vista geopolítico y también geoeconómico, se ha ido organizando en base a una serie de crisis sucesivas.

No son tantas las crisis que han tenido verdadera influencia en la organización del planeta. Este mundo en el que estábamos comienza con el final de la Segunda Guerra Mundial, en 1945. Aquella fue una guerra determinante, tanto por su amplitud como por su carácter planetario y por el tipo de luchas que involucró. Todo ello generó una situación que obligó, en cierta medida, a los vencedores de la contienda a establecer una regla de funcionamiento para el mundo. A partir de ese momento, las potencias principales decidieron que el mundo ya no podría funcionar como lo había hecho hasta entonces, de manera –para expresarlo en términos antropológicos– salvaje. Acordaron establecer reglas.

Se trataba de construir un mundo regulado, en el que ya no pudieran existir potencias como las derrotadas –la Alemania nazi, la Italia fascista

y el Japón imperial militarista— que emprendieran guerras de conquista sin límites, causando millones de muertos mediante una violencia radical nunca antes vista. Esto fue especialmente grave en términos de discriminación y racismo, como se evidenció en Europa con los campos de exterminio, dirigidos en particular contra minorías como los judíos y los gitanos, y también mediante prácticas eugenésicas, como la eliminación de personas con discapacidades físicas o enfermedades mentales.

La idea era que el mundo no podía aceptar que una potencia, simplemente por tener fuerza, pudiera imponerse a sus vecinos y expandirse con semejante brutalidad. En ese contexto, se creó lo que hoy conocemos como la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Ya había existido un intento anterior de organización internacional tras la Primera Guerra Mundial: la Sociedad de Naciones, con sede en Ginebra. Sin embargo, aquella organización fracasó, ya que durante los años treinta tanto Alemania como Italia se retiraron de ella, dejándola sin capacidad de acción.

Con la creación de la ONU por parte de los aliados, se aspiraba a establecer un orden internacional basado en reglas. Sin embargo, hoy, en marzo de 2025, mientras asistimos a una guerra que lleva ya tres años en Ucrania y a un genocidio —como mencionaba Javi—, cabe preguntarse: ¿dónde están las Naciones Unidas? ¿Existen realmente? Si existen, deberían manifestarse, y sin embargo no lo hacen. Esto nos lleva a pensar que una de las transformaciones que estamos viviendo es, precisamente, la pérdida de relevancia o incluso la desaparición funcional de la ONU.

¿Por qué no funciona? En parte porque nació con una especie de enfermedad infantil: una desigualdad de origen. Los vencedores de la guerra —Estados Unidos, la Unión Soviética (hoy Rusia), China, el Reino Unido y Francia— se otorgaron a sí mismos el derecho de ser miembros permanentes del Consejo de Seguridad, el órgano clave de Naciones Unidas. Este Consejo, que cuenta con 20 miembros, otorga a esos cinco permanentes el derecho exclusivo de veto. Así, cualquier decisión que se pretenda tomar puede ser bloqueada por uno solo de ellos. Es lo que estamos viendo actualmente con Gaza, donde Estados Unidos veta cualquier resolución crítica. De igual manera, cualquier decisión en contra de Rusia respecto a Ucrania también puede ser bloqueada por Rusia.

Esta situación ha generado un profundo inmovilismo. Sin embargo, es importante recordar que el sistema de Naciones Unidas va mucho más allá de su sede en Nueva York. No se trata únicamente de política.

También abarca aspectos culturales, como la UNESCO, o alimentarios, como la FAO. Es, en realidad, todo un sistema, una galaxia institucional. Las Naciones Unidas se fundaron con la intención de organizar un mundo civilizado, sustentado en la Carta de Naciones Unidas, que actúa como una suerte de declaración universal de los derechos humanos. Su objetivo principal era evitar que se repitieran guerras como las que ya se habían vivido en la primera mitad del siglo XX.

Aunque no se ha logrado ese objetivo, no cabe duda de que se trataba de una meta elevada, con un respaldo casi universal de la comunidad humana. Sin embargo, apenas creada la ONU, surgió la primera gran crisis que comenzó a delinear el nuevo orden mundial. Como mencioné anteriormente, este orden se ha ido construyendo a partir de una serie de crisis sucesivas.

#### *Primera crisis: guerra fría*

La primera de estas crisis aparece muy pronto. Los antiguos aliados que habían derrotado a las potencias del Eje comenzaron a enfrentarse entre sí. Hacia 1947-1948, surgió una rivalidad muy fuerte entre Estados Unidos y la Unión Soviética, lo que dio inicio a lo que se conoce como la Guerra Fría. Es fundamental recordar que la Segunda Guerra Mundial terminó con una clara superioridad militar por parte de Estados Unidos, que había desarrollado y utilizado la bomba atómica. En ese momento, la Unión Soviética aún no poseía armamento nuclear, pero hacia 1947 logró desarrollar su propia bomba. Esto estableció un nuevo equilibrio de fuerzas, que sería característico de toda la Guerra Fría.

En ese momento, Europa se divide, y esta división se mantiene a lo largo de la Guerra Fría, que se extiende hasta 1989. Aunque muchas personas aquí conocen estos hechos, es posible que las generaciones más jóvenes no los recuerden o no los tengan organizados de forma clara. Es importante repasarlos para comprender en qué mundo vivimos y, sobre todo, en base a qué crisis hemos llegado al presente.

La Guerra Fría tuvo consecuencias muy significativas, especialmente en el mundo occidental. Todos los principios fundamentales –la democracia, los derechos humanos, el respeto a la persona, la libertad de expresión– fueron sacrificados por las grandes potencias en función de la hegemonía. Tanto Estados Unidos como la Unión Soviética actuaron para mantener su dominio en sus respectivas áreas de influencia, y para ello estuvieron dispuestos a vulnerar estos principios.

A partir de 1947, Estados Unidos se propuso evitar por todos los medios que cualquier país dentro de su esfera pudiera ser gobernado libremente por partidos progresistas o de izquierda, incluso si estos partidos no tenían una orientación comunista. Esta política se aplicó con especial intensidad en lo que entonces se empezó a denominar el Tercer Mundo.

Uno de los ejemplos más claros de esta lógica fue Irán, en 1948. Allí existía un gobierno democrático liderado por una figura destacada, Mohamed Mossadegh, quien tomó la decisión de nacionalizar el petróleo, retirando su control a la empresa angloamericana que lo explotaba. Esta medida recordaba a la adoptada por Lázaro Cárdenas en México en 1936, pero aquella ocurrió antes del inicio de la Guerra Fría y no fue impedida por Estados Unidos. En cambio, en 1948, cuando Mossadegh nacionalizó el petróleo iraní, la CIA, con el apoyo de los servicios secretos británicos, organizó un golpe de Estado en Irán. Ese fue el inicio del conflicto entre el pueblo iraní y Estados Unidos, el comienzo del proceso que más tarde daría lugar al surgimiento del movimiento de los ayatolás.

El segundo golpe de Estado relevante en este contexto ocurrió en Guatemala, en 1954. En ese momento había un gobierno elegido democráticamente, encabezado por el general Jacobo Arbenz. Guatemala sufría una severa explotación del campesinado por parte de la oligarquía local y, especialmente, de una gran empresa multinacional estadounidense: la United Fruit Company, que aunque hoy ya no existe con ese nombre, continúa operando bajo otras formas. Arbenz había prometido en su campaña llevar a cabo una reforma agraria, y al comenzar a implementarla, Estados Unidos reaccionó con un golpe de Estado.

Este hecho fue determinante para la historia de América Latina. El golpe de Estado contra Arbenz mostró claramente que, para Estados Unidos, ningún país del continente podía moverse en dirección al progreso sin correr el riesgo de una intervención. La lógica era que cualquier cambio hacia políticas sociales podía, de forma directa o indirecta, acercar a ese país a la Unión Soviética. Aunque Arbenz no tenía ninguna relación con Moscú, fue acusado de ser un agente soviético, lo que justificó la intervención. El golpe fue ejecutado por un general externo, Castillo Armas, que derrocó a Arbenz con apoyo de Estados Unidos.

Este episodio tuvo consecuencias inesperadas. Uno de los testigos de aquel golpe fue Ernesto "Che" Guevara, quien se encontraba en Guatemala como médico, trabajando con enfermos de lepra. Presenciar este hecho marcaría profundamente su visión política.

Cinco años más tarde, en 1959, se produce en Cuba un movimiento de resistencia frente al neocolonialismo instaurado desde 1898, cuando Estados Unidos, en cierta medida, arrebató la independencia al pueblo cubano. Este nuevo movimiento, surgido desde la base popular y liderado por Fidel Castro, tampoco fue aceptado por Estados Unidos, que no solo se negó a reconocer al nuevo gobierno, sino que lo combatió militarmente. En 1961, en Playa Girón –conocida internacionalmente como Bahía de Cochinos–, Cuba se convirtió en el primer país en derrotar militarmente a una fuerza enviada por Estados Unidos.

Ante el aislamiento, el gobierno cubano estableció relaciones con la Unión Soviética, lo cual desencadenó una nueva crisis internacional: la Crisis de los Misiles de 1962.

Estas son crisis de la Guerra Fría, en pleno desarrollo de ese periodo histórico. Otro golpe de Estado significativo se produjo en Brasil, en 1964. Allí, João Goulart había sido elegido democráticamente presidente. Su gobierno impulsaba una política de reforma agraria, abordando uno de los grandes problemas estructurales de América Latina: la posesión de la tierra. La mayoría de los trabajadores eran campesinos sin tierra, mientras que quienes la poseían no la trabajaban y la dejaban ociosa. Esta situación, de hecho, fue también una de las causas de la Guerra Civil Española.

Cuando Goulart intentó llevar adelante una reforma agraria, la CIA promovió un nuevo golpe de Estado. Otro más en la región. Aunque hubo muchos más golpes en América Latina desde Guatemala hasta épocas contemporáneas, este periodo en particular es crucial. Al constatar que era prácticamente imposible ganar elecciones en muchos países, algunas organizaciones políticas optaron por seguir el ejemplo cubano y buscaron conquistar el poder por la vía armada. Así comenzó el periodo de las guerrillas, que surgieron en toda la región: en Colombia, Bolivia, Venezuela, Brasil, entre otros países. En medio de este pulso entre guerrillas y represión, a menudo con la participación directa de organizaciones militares entrenadas por Estados Unidos, se produce el asesinato del Che Guevara en 1967. En América Central, esta dinámica desencadenó guerras civiles entre guerrillas y ejércitos formados o apoyados por Estados Unidos, como en El Salvador, Guatemala y Honduras.

En Chile, una coalición política llamada Unidad Popular, con un programa orientado a crear una sociedad más justa dentro del marco de la democracia y la libertad, ganó las elecciones. Sin embargo, ni siquiera ese modelo fue aceptado. El 11 de septiembre de 1973, un golpe de Estado

organizado por la CIA y ejecutado por los militares chilenos puso fin a la experiencia de la Unidad Popular, derrocando al presidente Salvador Allende.

Ese mundo de golpes de Estado, de destrucción de organizaciones populares, de torturas, saqueos, masacres como las de Argentina, desapariciones como en Uruguay, fue un mundo dirigido por Naciones Unidas y pilotado, en buena medida, por Estados Unidos, la autoproclamada democracia modelo y campeona del mundo occidental.

Esta fue la primera gran crisis del sistema internacional posterior a la Segunda Guerra Mundial: la Guerra Fría, que se extendió hasta 1989. Paralelamente, se produjo otro fenómeno crucial a escala global: la descolonización.

#### *Segunda crisis: descolonización*

La descolonización fue una crisis gigantesca para el orden internacional. África y Asia no fueron colonizadas en los siglos XV o XVI, sino en su mayor parte en el siglo XX. África, en particular, fue colonizada en ese siglo, y muchas regiones de Asia fueron ocupadas a finales del XIX y comienzos del XX. En esos territorios comenzaron a surgir movimientos de emancipación, inspirados en gran medida por la resistencia europea contra las potencias del Eje durante la Segunda Guerra Mundial.

Esto generó un dilema moral y político en Occidente. Si los resistentes franceses contra la ocupación nazi eran considerados héroes, ¿por qué los resistentes argelinos contra la ocupación francesa eran tratados como villanos? Si los combatientes franceses utilizaron atentados, asesinatos y bombas y fueron reconocidos por su valor, ¿por qué los vietnamitas que resistían la ocupación militar francesa no podían ser considerados también héroes?

Occidente nunca supo resolver este dilema, ni siquiera hoy. La primera gran guerra de liberación colonial fue en Indochina, liderada por Ho Chi Minh y organizada militarmente por el general Vo Nguyen Giap. Los vietnamitas lograron una victoria histórica al derrotar a los ejércitos franceses en la batalla de Dien Bien Phu. En ella fueron vencidos los paracaidistas franceses, tropas de élite que habían participado en la entrada a Alemania en la Segunda Guerra Mundial. Esta derrota tuvo un profundo efecto simbólico para todos los pueblos colonizados.

En 1950 o 1954, aún dos tercios de la población mundial vivía bajo regímenes coloniales. La India se había independizado recientemente,

en 1947-1948, gracias en parte al enfoque no violento impulsado por Gandhi. Este modelo, sin embargo, no se replicó siempre. Por ejemplo, en Argelia se libró una guerra de liberación entre 1954 y 1962, una lucha larga y costosa que marcó el proceso de descolonización.

A medida que estos territorios lograban su independencia, se iban integrando al sistema de Naciones Unidas. Cuando la ONU fue creada, contaba con alrededor de 40 Estados miembros. Hoy, hay cerca de 200. Este crecimiento refleja el impacto profundo de la descolonización en la configuración del mundo contemporáneo.

Como puede observarse, faltaban alrededor de 160 Estados que se fueron integrando al sistema internacional tras los procesos de descolonización. La última gran guerra colonial fue la guerra de Vietnam, que comenzó a principios de los años 60, durante la presidencia de John F. Kennedy, y concluyó en 1975 con la ocupación de Saigón por las tropas del Vietnam del Norte, apoyadas por las fuerzas de resistencia del sur.

Estas guerras fueron determinantes, y la de Vietnam representó la primera derrota militar de Estados Unidos. Aunque algunos argumentan que no se utilizó la bomba atómica –como si esa fuera una excusa–, lo cierto es que Estados Unidos perdió la guerra. La caída de Saigón fue un shock de enorme magnitud que alteró profundamente la sociedad estadounidense.

### *Tercera crisis: la guerra contra el terrorismo*

La crisis que siguió fue la caída de la Unión Soviética. Los Estados del este de Europa cambiaron de modelo político, y ese cambio representó un traumatismo internacional de gran envergadura. Estas son algunas de las crisis más importantes antes de la última gran transformación global: lo que los medios bautizaron como “la guerra contra el terrorismo”.

Después de la guerra de Afganistán –una guerra semicolonial llevada a cabo por la Unión Soviética, con características particulares–, Estados Unidos apoyó paradójicamente a los resistentes afganos que luchaban contra la ocupación soviética. Estos combatientes, armados por Estados Unidos, acabaron rebelándose contra su antiguo aliado y protagonizaron el mayor atentado de la historia contemporánea: el 11 de septiembre de 2001. Transformando aviones civiles en bombas, los comandos de Al Qaeda dirigidos por Bin Laden atacaron las Torres Gemelas, símbolo del poder económico estadounidense, y el Pentágono, centro del poder militar.

Aunque existen teorías conspirativas que cuestionan la autoría de estos atentados, no les doy credibilidad. El resultado fue el inicio de la denominada guerra contra el terrorismo islámico, tal como fue presentada por los medios de comunicación estadounidenses. Esta guerra desencadenó dos décadas de conflictos en Oriente Próximo: en Afganistán, en Irak –incluyendo la Primera Guerra del Golfo y la posterior invasión de Irak–, así como intervenciones en Libia y Siria. También se intensificó el apoyo incondicional a Israel, que más que un aliado, actúa como una extensión de Estados Unidos en la región.

Conviene recordar que Israel fue creado en 1948, precisamente cuando los países comenzaban a rebelarse y a nacionalizar recursos como el petróleo, como sucedió en Irán. Desde entonces, una serie de guerras –1948, 1953, 1967, entre otras– fueron reduciendo progresivamente el territorio palestino. Estas guerras en Oriente Próximo han contribuido a configurar el orden mundial actual desde el punto de vista militar.

Un hecho relevante en este contexto es que, al derrumbarse la Unión Soviética, su sistema de seguridad –el Pacto de Varsovia– se disolvió. Mientras tanto, su contraparte occidental, la OTAN, no solo se mantuvo, sino que se fortaleció, a pesar de haber perdido a su enemigo declarado. Al desaparecer la amenaza soviética, la existencia continuada de la OTAN plantea una pregunta fundamental: ¿por qué no fue disuelta? Este es uno de los interrogantes clave para comprender el origen del actual conflicto en el este de Ucrania.

#### *Cuarta crisis: del keynesianismo al neoliberalismo*

Desde el punto de vista geoeconómico, el modelo que se impuso tras la Segunda Guerra Mundial, al menos en el campo capitalista, fue el modelo keynesiano. Inspirado en las ideas de John Maynard Keynes, este modelo planteaba que el Estado debía tener un rol activo junto al mercado, corrigiendo los excesos del capitalismo. Se implementó, entre otras razones, porque era necesario reconstruir Europa, tarea para la que se destinó el Plan Marshall, que supuso decenas de miles de millones de dólares en ayuda.

Además, en su papel de potencia imperial, Estados Unidos asumió la dirección del llamado “mundo libre”, lo que justificó la intervención del Estado incluso en su propia economía. Muchos analistas coinciden en que hay una explicación más profunda: mientras existió la Unión Soviética, y con ella el campo socialista, las clases trabajadoras occidentales

representaban un aliado potencial para Moscú. Los partidos comunistas eran muy influyentes en Occidente –especialmente en países como Italia, Grecia, España o Francia–, llegando a controlar alcaldías, provincias y, en algunos casos, grandes sindicatos. En Francia, por ejemplo, los sindicatos comunistas eran los principales.

En este contexto, las élites occidentales no podían permitirse maltratar a la clase trabajadora, ya que eso implicaría empujarla hacia la órbita soviética. De ahí que se aplicaran políticas sociales más inclusivas, para contener la influencia comunista desde dentro del propio sistema capitalista.

El keynesianismo fue, durante varias décadas, la teoría económica capitalista más moderada con las clases trabajadoras. Fomentaba la idea de sacar a los trabajadores de situaciones de desesperanza social, integrándolos progresivamente en lo que podríamos llamar la pequeña burguesía, lo que modificaba también sus patrones de voto y participación política.

Sin embargo, este modelo comenzó a mostrar signos de agotamiento entre las décadas de 1960 y 1970. Uno de los síntomas más evidentes fue el aumento sostenido de la inflación. Muchos recordarán épocas en las que la inflación alcanzaba cifras de dos dígitos de forma permanente, obligando a constantes ajustes salariales y de precios. Además, se produjo un fenómeno aún más preocupante: la estanflación. Es decir, se combinó la inflación con la ausencia de crecimiento económico. Tradicionalmente, los economistas consideran que la inflación suele acompañar a periodos de crecimiento, debido al aumento de la riqueza y la demanda. Pero en este caso, el keynesianismo entró en crisis precisamente porque la inflación se produjo sin crecimiento.

Frente a este desgaste del modelo, a finales de los años 70, concretamente en 1979 en el Reino Unido con la llegada de Margaret Thatcher al poder, se instauró un nuevo paradigma económico: el modelo neoliberal, también conocido como ultraliberalismo o globalización liberal. Este modelo, que aún rige muchas políticas actuales –aunque hoy también está en crisis–, se basó en la idea de que el Estado debía retroceder y ceder cada vez más espacio al mercado. Las empresas debían expandirse, incluso ocupando territorios tradicionalmente reservados al Estado, como los servicios públicos: la educación, la sanidad, las pensiones. Todo ello fue progresivamente transferido al sector privado, particularmente al sector financiero.

El objetivo era crear grandes campeones económicos nacionales –multinacionales en cada país– y reconfigurar la economía de los países del sur como economías de exportación. Ya no se produciría para satisfacer las necesidades internas, sino para generar divisas y poder así adquirir en los países desarrollados los bienes que esos países del sur necesitaban. Se impuso así una lógica desigual: “tú me vendes plátanos, yo te vendo computadoras”. Una lógica que afectó profundamente el desarrollo económico y social de estos países.

Las consecuencias de este modelo se manifestaron de forma trágica durante la pandemia de la COVID-19. La privatización parcial o total de los sistemas de salud en muchos países dejó al descubierto su fragilidad, provocando un sufrimiento social inmenso y una mortalidad elevada. La gestión sanitaria mostró, con crudeza, el costo humano de haber desmantelado en parte los sistemas públicos.

#### *Quinta crisis: la gran recesión*

En realidad, este modelo neoliberal ya no funciona desde la crisis financiera de 2008. Aquella fue la llamada crisis de las “subprimes”, originada en Estados Unidos pero con impacto global, incluida Europa. Los bancos, enriquecidos mediante la especulación inmobiliaria, fomentaron la compra masiva de viviendas, incluso por parte de personas con bajos ingresos. Se vendían apartamentos con promesas de revalorización exponencial: si una persona compraba hoy un inmueble por 100.000 dólares, se le aseguraba que al año siguiente valdría 150.000 y en cinco años 250.000, lo que haría que la deuda asumida fuera insignificante en comparación con la ganancia futura. Se generó así una gigantesca burbuja inmobiliaria.

Esta burbuja provocó un exceso de oferta. Cuando la demanda no pudo seguir el ritmo, el sistema se desplomó. Pero no sólo colapsó el sector inmobiliario: los valores ligados a esas propiedades estaban dispersos por todo el sistema financiero, integrados en fondos y productos bursátiles. Inversores que no sabían que estaban expuestos al mercado inmobiliario se vieron arrastrados por el derrumbe.

El resultado fue la mayor crisis financiera desde 1929. Como entonces, esta nueva crisis puso en evidencia los riesgos sistémicos del capitalismo financiero global. La crisis del 29 había provocado la Gran Depresión, un desempleo masivo y la desestabilización política que abrió el camino al ascenso del nazismo en Alemania. En España, condujo primero a la

proclamación de la Segunda República y más tarde al estallido de la Guerra Civil. La crisis de 2008, aunque diferente en su contexto, reveló de nuevo la fragilidad de un modelo económico que había olvidado los principios de equilibrio, equidad y regulación pública.

La crisis financiera de 2008 provocó un empobrecimiento generalizado de las clases medias. Una de las realidades más silenciosas y persistentes de las últimas décadas ha sido precisamente la desaparición progresiva de estas clases. Desde hace unos veinte años, las clases medias se han ido reduciendo, perdiendo las oportunidades y perspectivas que antes les permitían ascender socialmente. A pesar de que muchos hijos e hijas de familias de clase media han alcanzado niveles educativos superiores a los de sus padres –especialmente en comparación con las generaciones de los años 70, 80 ó 90, donde muchos ni siquiera cursaron estudios universitarios–, no han podido reproducir el nivel de vida alcanzado por sus familias.

Este proceso de desclasamiento masivo y global es uno de los fenómenos más característicos del mundo actual. Es también una de las claves para comprender la llegada de Donald Trump al poder.

## **CLASES MEDIAS EMPOBRECIDAS Y VICTORIA DE TRUMP**

Trump ganó sus primeras elecciones presidenciales en 2016, en un resultado que sorprendió al mundo. Era un multimillonario vinculado al sector inmobiliario y, contra todo pronóstico, logró conquistar el Partido Republicano. Este proceso no fue espontáneo: ya durante la presidencia de Barack Obama habían surgido dentro del Partido Republicano varias organizaciones populistas, entre ellas el Tea Party.

El Tea Party –nombre que evoca los orígenes de la independencia estadounidense, con el célebre episodio de las cajas de té arrojadas al mar en Boston– fue una organización que canalizó el malestar de las clases medias empobrecidas. Reaccionaba con furia ante una situación que percibían como injusta, donde su posición social se deterioraba sin que nadie los defendiera. En su momento, se pensó que el Tea Party llegaría a devorar al Partido Republicano, aunque finalmente no lo logró, posiblemente por la ausencia de un liderazgo fuerte.

Para los teóricos del trumpismo, lo que faltaba no era el movimiento, sino el líder. Ese líder fue Donald Trump. Aunque carecía de experiencia política y de una estrategia clara de gobierno, Trump logró ganar las elecciones y, una vez en el poder, ejecutó algunas de las políticas por las

que fue elegido. Más allá de su acción concreta en el gobierno, lo que realmente generó fue un poderoso entusiasmo dentro del Partido Republicano y en amplios sectores de la sociedad estadounidense.

Trump no creó simplemente un movimiento político: dio forma a una corriente que se parece más a un fenómeno religioso que a una organización partidaria. Para muchos estadounidenses, Trump no es un político, sino un profeta. Lo que dice se interpreta como palabra sagrada. Su lema –Make America Great Again (Hacer América grande de nuevo)– se convirtió en un credo, cuyas siglas, MAGA, dieron nombre al movimiento que hoy supera incluso en fuerza al propio Partido Republicano.

Desde Europa, resulta difícil comprender este fenómeno sin prejuicios. La mayoría de los medios de comunicación han ridiculizado a Trump, tratándolo como un personaje caricaturesco, un bufón o un ignorante. Pero alguien sin inteligencia, sin estrategia, no gana unas elecciones presidenciales en Estados Unidos. Y mucho menos vuelve a ganarlas después de haberlas perdido, algo que solo ha ocurrido una vez en la historia del país, a finales del siglo XIX, con el presidente Cleveland.

Lo que Trump ha logrado es movilizar a amplios sectores de la población que se sienten desamparados, excluidos y desesperanzados. Ha sabido canalizar esa desesperación y transformarla en adhesión política. Su movimiento ha adquirido una dimensión emocional y casi mesiánica.

Prueba de ello es uno de sus primeros actos al regresar a la Casa Blanca: conceder el perdón a quienes participaron en el asalto al Capitolio. Este hecho fue, sin ambigüedades, un intento de golpe de Estado. Se trató de detener el conteo oficial de votos, interrumpir la certificación del resultado electoral y proclamar que el verdadero presidente seguía siendo Trump.

¿Por qué esa masa que ha dado una victoria tan amplia a Donald Trump vota por él? En parte, por todo lo explicado anteriormente. Pero, sobre todo, porque las clases trabajadoras estadounidenses no han encontrado en el Partido Demócrata ninguna propuesta creíble de redención ni promesa de mejora de sus condiciones. No han recibido una respuesta real frente a su situación de desclasamiento.

Las clases medias estadounidenses están en declive, y lo que les espera es un descenso aún mayor. Temen terminar en las periferias urbanas donde viven los marginados, en barrios degradados, con escuelas públicas de baja calidad y propiedades depreciadas, como ocurrió en ciudades emblemáticas como Detroit. La desindustrialización masiva ha

transformado a millones de trabajadores que antes vivían dignamente de su esfuerzo en la industria en personas dependientes de subsidios estatales.

Trump, por su parte, ha sabido captar el malestar de estas masas. Su discurso conecta con sus preocupaciones reales, mientras que el Partido Demócrata ha terminado por representar a los sectores más acomodados del país. En las últimas elecciones, fue el partido preferido por las rentas más altas. El segmento de la población que gana en promedio 23.000 dólares mensuales fue el que más votó por Kamala Harris. Esta paradoja plantea una contradicción fundamental: ¿cómo puede un partido que se proclama progresista representar simultáneamente a las clases trabajadoras y a los sectores más ricos, sofisticados e intelectuales del país?

Uno de los ejes del discurso de Trump se centra en una cuestión fundamental: los bajos salarios de los trabajadores estadounidenses. Según el trumpismo, estos salarios no mejoran por culpa de la inmigración ilegal. Aunque no se comparte necesariamente esta tesis, es importante comprenderla. Trump afirma que mientras entren cada año alrededor de dos millones de inmigrantes sin papeles dispuestos a trabajar por cualquier precio, los sueldos de los trabajadores legales no podrán subir. Los empleadores –en bares, restaurantes, hoteles, pequeñas empresas– pueden contratar a estos trabajadores sin protección legal ni sindical, sin garantías salariales mínimas, y por tanto rebajar el coste del trabajo.

Sus defensores aseguran que no se trata de racismo, sino de una defensa de los derechos de los trabajadores legales, sin importar su origen o color. “Si tienen papeles, son como nosotros”, dicen. Lo que se rechaza es la competencia desleal que, según ellos, suponen los inmigrantes ilegales.

Otro argumento importante en el discurso de Trump es el de la presión fiscal. Según esta visión, los trabajadores viven mal porque pagan demasiados impuestos. Estados Unidos es uno de los países con mayor carga impositiva sobre sus ciudadanos, hasta el punto de que incluso quienes residen en el extranjero están obligados a seguir pagando impuestos a su país de origen. La propuesta de Trump es clara: aumentar los salarios y reducir los impuestos.

Para reducir los impuestos, es necesario reducir el presupuesto del Estado. Esa es la clave del programa. Si el presupuesto estatal disminuye, la necesidad de recaudar impuestos también disminuye. Esta visión está

siendo aplicada por figuras como Elon Musk, a través de iniciativas como la organización DOGE, que promueve un Estado reducido y una privatización extensa.

Trump no distingue entre áreas a conservar y áreas a recortar: todo puede ser sometido a revisión si supone un gasto que no se percibe como útil. Por ejemplo, considera que la OTAN representa un coste excesivo para Estados Unidos. Se pregunta: ¿qué aporta realmente la OTAN a Estados Unidos, si no hay una amenaza directa? Actualmente, el país mantiene 100.000 soldados en Europa, lo que supone un gasto enorme en personal, logística y armamento. Desde su perspectiva, este esfuerzo es innecesario.

Bajo esta lógica, Trump ya ha ordenado una reducción del presupuesto de defensa, que históricamente ha representado cerca del 5 % del PIB estadounidense. Aunque esta cifra es muy superior a la de otros países (España, por ejemplo, no alcanza el 2%, y países como Reino Unido, Francia o Alemania rondan el 3%), la intención de su gobierno es reducir ese porcentaje al 4%, como parte de una estrategia general de recorte del gasto estatal.

Trump ha declarado que hay muchos problemas por resolver, pero que no enviará ni un solo soldado más. No quiere gastar. En este marco, ha tomado decisiones que, desde una perspectiva antiimperialista –como la que yo defiendo–, resultan sorprendentes. Por ejemplo, una de las principales herramientas ideológicas del imperialismo estadounidense ha sido históricamente la USAID, la agencia que actúa como el “ministerio de propaganda” de Estados Unidos en el extranjero. Esta organización gastaba unos 67.000 millones de dólares anuales en actividades de influencia: cursos, libros, medios de comunicación, radios, televisiones, redes sociales, todo al servicio de difundir el mensaje norteamericano. Trump decidió dismantelar la USAID. Cerró también medios como Voice of America y Radio Free America, que durante años operaron como canales de propaganda encubierta.

No lo hizo por convicción antiimperialista, sino por su lógica de recortar el gasto público para reducir los impuestos. La pregunta es: ¿acaso esto es impopular en Estados Unidos? Evidentemente no. Para la mayoría de trabajadores estadounidenses, pagar menos impuestos es mucho más importante que mantener programas ideológicos como la USAID. Esta decisión, por tanto, refuerza la adhesión masiva –fanática, incluso– que muchos sienten hacia Trump.

Esta misma lógica se aplica a todo gasto estatal. La intención de Trump es reducirlo al máximo. Esto incluye el problema de la reindustrialización de Estados Unidos. Aunque el país sigue siendo el mayor mercado del mundo, produce muy poco de lo que consume. Gran parte de su producción, especialmente industrial, ha sido deslocalizada. Por ejemplo, el 80% de los automóviles que circulan en Estados Unidos se fabrican en México.

Trump plantea una respuesta simple: aplicar aranceles a los productos extranjeros. Esta política proteccionista busca generar carencias en el mercado estadounidense que obliguen a los empresarios, tanto nacionales como extranjeros, a producir dentro del país. Si una marca como Renault, SEAT o Volkswagen quiere vender coches en Estados Unidos, debería fabricarlos allí. Lo mismo con Kia o cualquier otra compañía, incluso si actualmente ensamblan vehículos en México utilizando piezas estadounidenses.

Podemos, desde aquí, criticar esta postura, sobre todo teniendo en cuenta que existe un tratado de libre comercio entre Canadá, Estados Unidos y México –el antiguo NAFTA– en vigor desde 1994. Pero a Trump esto le da igual. No respeta los tratados si considera que afectan a los trabajadores estadounidenses. Su lógica es clara: primero los trabajadores, primero el pueblo americano. Se trata de un populismo nacionalista de manual. Él mismo lo ha dicho: es un “nacional populista”.

Y aunque lo hace con una retórica brutal, muchos trabajadores y sectores de la clase media lo adoran. Su vicepresidente, J.D. Vance, es un reflejo de este electorado: hijo de una clase media empobrecida que, casi por milagro, pudo acceder a la universidad. Si mañana asesinaran a Trump –una posibilidad que no puede descartarse del todo, ya que es una figura extremadamente controvertida–, Vance asumiría su lugar. Trump mismo ha recordado un intento fallido de asesinato que sufrió, del cual afirmó haber sido salvado por Dios. Durante su discurso de investidura, dijo: “Dios me salvó, y si me salvó, es por algo. Porque tengo una misión. Y mi misión es salvarlos a ustedes”.

## **EL MESIANISMO DE TRUMP**

En una sociedad tan profundamente marcada por el evangelismo como la estadounidense, ese tipo de mensaje resuena con fuerza. Trump se presenta como un elegido, un profeta. Su palabra adquiere un carácter casi religioso. Puede parecer difícil de creer desde una mirada europea, pero es necesario comprenderlo para entender su fenómeno político.

Además, si Trump llegara a desaparecer, quien asumiría sería Vance, un político que representa una versión aún más extrema del mismo discurso. Vance ha adoptado el trumpismo con una intensidad casi mística. Así lo demostró recientemente, hace apenas dos semanas, cuando asistió a la Conferencia de Seguridad de Múnich. Todos los dirigentes europeos esperaban que se refiriera a la situación en Ucrania o a la necesidad de reforzar la defensa europea frente a Rusia. Pero Vance sorprendió a todos al declarar que el mayor peligro que enfrenta Europa no es externo, sino interno: la pérdida del respeto por la libertad de expresión. Y citó como ejemplo de ello la situación ocurrida en Rumanía, que calificó de inaceptable.

Durante la Conferencia de Seguridad de Múnich, cuando J.D. Vance —el actual vicepresidente de Trump— tomó la palabra, los jefes de Estado y de gobierno europeos se miraron entre ellos, desconcertados. ¿Qué había pasado en Rumanía?, se preguntaban.

Lo que ocurrió fue que el 27 de noviembre del año anterior, Rumanía celebró elecciones presidenciales. Desde hacía 35 años, el país había sido gobernado por una alternancia entre el partido conservador y el partido socialdemócrata. Sin embargo, en esta ocasión, en la primera vuelta, el partido conservador quedó en cuarto lugar y el socialdemócrata en tercero. Los dos candidatos que pasaron a la segunda vuelta eran personas prácticamente desconocidas para el público.

El candidato que encabezó los resultados fue Kalin Yorgescu, un político nuevo con un discurso fuertemente antiguerra. Sostenía que Rumanía no podía permitirse mantener una posición beligerante frente al conflicto en Ucrania. Poco después de su victoria en la primera vuelta, el Tribunal Supremo de Rumanía anuló las elecciones, alegando que Yorgescu había ganado utilizando redes sociales, especialmente TikTok. Se insinuó que su campaña podría haber sido financiada por Rusia, aunque no se presentó ninguna prueba.

Este hecho pasó prácticamente desapercibido en el ámbito internacional. Es probable que muchas personas ni siquiera hayan oído hablar de ello. En contraste, basta recordar cómo reaccionaron los medios de comunicación españoles cuando, en Venezuela, el Consejo Nacional Electoral —antes de la celebración de las elecciones— desestimó la candidatura de un aspirante por no cumplir ciertos requisitos. Entonces, la mayoría de la prensa afirmó rotundamente que en Venezuela no había democracia.

En Rumanía, un país miembro de la Unión Europea, un candidato fue autorizado a presentarse, ganó la primera vuelta, y aun así se invalidaron las elecciones. Posteriormente, se le ha prohibido volver a presentarse en las próximas. Y no ha habido reacción. Nadie se ha atrevido a decir que en Rumanía no hay democracia.

Muchos dirigentes europeos salieron de esa conferencia desconcertados, no solo por lo que Vance dijo, sino por la forma en que lo dijo: Estados Unidos ya no los considera aliados incondicionales. En lugar de apoyarlos, les lanza un reproche directo, acusándolos de haber abandonado los principios democráticos.

Lo cierto es que muchas de estas acusaciones tienen fundamento. En Francia, por ejemplo, tras las últimas elecciones legislativas, Emmanuel Macron no designó como primer ministro a un representante del partido o coalición que ganó los comicios. Y, aun así, sigue dando lecciones de democracia.

Trump, por su parte, se presenta como el salvador de las clases medias empobrecidas en los territorios desindustrializados de Estados Unidos. Clases sociales que no ven futuro ni para ellos ni para sus hijos. Su discurso nacional-populista resuena hoy en amplios sectores de la sociedad con un fervor casi religioso. Cuando hablo de “la gente” me refiero también a comunidades afroamericanas y latinas ya integradas en la vida estadounidense, que en estas últimas elecciones han votado masivamente por él.

Este fenómeno no es exclusivo de Estados Unidos. En Europa, el ascenso de la extrema derecha responde en parte a la misma lógica. Muchos partidos progresistas han perdido la capacidad de construir un discurso que sea oído y entendido por las masas populares y trabajadoras. En Francia, por ejemplo, el partido con mayor número de trabajadores afiliados no es un partido de izquierda, sino el Reagrupamiento Nacional de Marine Le Pen. Su bastión principal está en las regiones del norte, profundamente afectadas por la desindustrialización.

Trump encarna esta corriente. Pero su visión del imperio estadounidense no tiene nada que ver con la del imperialismo clásico. En relación con la crisis de Ucrania, su posición es clara: se trata de una guerra provocada deliberadamente por Estados Unidos con el objetivo estratégico de debilitar a Rusia a largo plazo. Para Trump y su entorno, el verdadero enfrentamiento del siglo XXI será con China, y Rusia representa su principal aliado militar.

A pesar de que esta estrategia ha tenido consecuencias catastróficas para algunos países europeos —especialmente para Alemania, que no tenía ningún interés en verse arrastrada a esta cruzada contra Rusia—, Europa se ha alineado con Estados Unidos por razones ideológicas. Todos los países europeos han asumido este conflicto como propio, convirtiéndolo en una guerra de Europa contra Rusia, a propósito de Ucrania.

### **EL PROYECTO GEOPOLÍTICO DE TRUMP: SEPARAR A RUSIA DE CHINA**

Para Trump, el conflicto con Rusia no tiene el mismo significado que para los dirigentes europeos o para los sectores tradicionales del poder en Estados Unidos. Su proyecto geopolítico se basa en un objetivo estratégico muy claro: separar a Rusia de China. Pero no se trata de vencer militarmente a Rusia, algo que él mismo considera imposible. Su planteamiento consiste en alcanzar un acuerdo con Moscú, no solo en torno a la explotación conjunta de los recursos naturales de Ucrania —tema que, según algunas fuentes, ya está sobre la mesa—, sino también en relación con las extraordinarias riquezas de la inmensa Siberia rusa, un territorio que Rusia, por sí sola, no puede desarrollar.

Desde la perspectiva de Trump, existen solo tres potencias reales en el mundo: Estados Unidos, Rusia y China. Todo lo demás es secundario. Europa, en particular, no cuenta. Las potencias europeas no parecen haberse dado cuenta de esta realidad, en parte por haber aceptado durante décadas un papel subordinado frente a Estados Unidos, renunciando a toda soberanía política y militar. Ahora, se encuentran abandonadas por su tradicional “protector” y sin una estrategia clara, reaccionando con improvisación y lanzándose de manera abrupta a planes de rearme masivo, con inversiones de cientos de miles de millones de euros.

¿Pero para qué rearmarse? ¿Contra quién? Si se analizan fríamente las cifras, los 27 países de la Unión Europea ya cuentan, en conjunto, con un presupuesto de defensa tres veces superior al de Rusia. Tienen más armamento en todos los sectores: más tanques, más aviones, más artillería, más submarinos, más portaaviones. No es una cuestión de inferioridad militar.

Entonces, ¿a qué responde esta urgencia de rearmarse? Tal vez, más que una amenaza externa real, se trata de un intento encubierto de relanzar la economía europea a través de una reindustrialización vía el complejo militar-industrial. En lugar de proyectos planificados en energías, infraestructura o transición ecológica, se opta por el rearme, con todos los riesgos que eso implica. Porque una vez que se arma un continente, la

tentación de usar las armas siempre está presente. Nos estamos adentrando en un mundo de gran brutalidad.

Para alguien como Trump, el derecho internacional carece de importancia. Su legitimidad se basa en una idea arcaica pero eficaz: ser “ungido” por el amor de su pueblo. Todo lo demás es irrelevante. En un mundo marcado por crisis múltiples —el cambio climático, las migraciones masivas, las desigualdades entre el norte y el sur—, Trump no plantea una visión humanista o cooperativa, sino una lectura pragmática y radical.

Según él, el cambio climático, aunque desastroso para muchas regiones del mundo, puede ser una oportunidad para otras. Para quienes viven cerca del ecuador o en los trópicos, sus efectos serán devastadores. Pero para las regiones del norte, especialmente las cercanas al Ártico, el deshielo puede abrir nuevas posibilidades: tierras fértiles, rutas comerciales, explotación de recursos naturales.

Ese es su sueño. No se trata tanto de una colonización en el sentido clásico, sino de una integración de territorios. Trump sueña con incluir a Canadá, incluso a lo que llama “Nueva Irlanda”, en un proyecto geoestratégico común con Rusia para constituir una gran potencia ártica. A medida que desaparezcan los hielos, tanto en el Ártico canadiense como en la Siberia rusa, se abrirán enormes extensiones de tierras hoy cubiertas por el permafrost, que podrían transformarse en zonas agrícolas fértiles. Este es el horizonte geopolítico de Trump: no un imperio global, sino una alianza entre potencias del norte frente al sur del planeta en crisis.

Desde la visión de Trump, frente a un planeta que avanza hacia nuevas configuraciones de poder, el futuro pasa por la alianza con Rusia. Con una población de 350 millones de habitantes, Estados Unidos se enfrenta a una China de 1.500 millones. Para Trump, la alternativa es clara: o se ayuda a Rusia a explotar la inmensa Siberia —territorio vasto, rico en recursos, pero infrautilizado— o inevitablemente será China quien la ocupe en el transcurso del próximo siglo.

## **TRUMP Y LA NUEVA ARISTOCRACIA TECNOLÓGICA**

En este contexto estratégico, Trump y figuras como Elon Musk conciben iniciativas de gran envergadura, como el control del Canal de Panamá, cuya importancia geopolítica se mantiene intacta. Según esta visión, la brutalidad del nuevo orden mundial será extrema. Lo que actualmente ocurre en Gaza, donde Israel actúa con impunidad, se presenta como un anticipo, un laboratorio de lo que será la norma en las futuras relaciones

internacionales. El derecho humanitario ha dejado de existir. Incluso el derecho internacional clásico, el derecho de gentes, se ve relegado. La fuerza vuelve a ser el factor dominante.

En este nuevo mundo, la seguridad se convierte en una cuestión urgente. Sin embargo, los dirigentes europeos abordan este reto de forma equivocada, centrando su discurso en la conflictividad con Rusia. Europa necesita con urgencia una reflexión geopolítica profunda, pero esta coyuntura le llega en un momento especialmente delicado: la generación de líderes y lideresas que hoy pilota la política europea es, en muchos casos, de una mediocridad alarmante. La falta de visión estratégica es evidente.

Por su parte, Musk, al igual que Trump, mantiene una relación de cercanía con las clases populares estadounidenses. Trump es visto como un outsider, un adversario del establishment de Washington, un enemigo del Estado y de las élites. En un momento se llegó a decir que bastaría con que Taylor Swift pidiera a sus seguidores votar por Kamala Harris para asegurar la derrota de Trump. Pero aunque la artista lo hizo, fue Trump quien ganó las elecciones. Ese episodio ilustra la profundidad del arraigo que tiene entre amplios sectores de la sociedad estadounidense, más allá de la influencia de figuras mediáticas.

Además, Trump se ha rodeado –o ha sido rodeado– por una nueva aristocracia tecnológica: lo que algunos llaman tecnofeudalismo. Son los nuevos “Magas”, grandes empresarios del sector tecnológico, muchos de ellos alineados con Trump tras su victoria. Elon Musk es una figura clave en este entorno. Juntos comparten una visión del futuro que apunta hacia transformaciones radicales.

Una de estas ideas es el transhumanismo. Como en ciertos pasajes del pensamiento de Marx, Trump concibe que el mundo que viene –marcado por la inteligencia artificial, las computadoras cuánticas y el agotamiento de los recursos naturales– ya no podrá ser gestionado con las capacidades actuales del ser humano. Para él, el cerebro humano es insuficiente ante los desafíos tecnológicos y estratégicos del futuro.

Los avances en microprocesadores permitirán, según esta visión, la implantación de dispositivos del tamaño de una moneda o una tarjeta de crédito, que actúen como cerebros auxiliares. Esto dará lugar a una nueva clase social o tecnológica: los transhumanos. Ellos serán los dominadores del nuevo mundo. Ya no se trata de conquistar la Tierra –un planeta al borde del agotamiento– sino de proyectar el dominio hacia Marte, y hacerlo con una nueva población biológica modificada.

Este panorama es, sin duda, profundamente pesimista. Pero la lucidez exige mirar el mundo tal como podría llegar a ser si lo dejamos avanzar sin oposición. Si no entramos en resistencia, este es el escenario que podría materializarse. Por eso, la mejor forma de resistir es tener una visión clara de lo que se está construyendo. Y eso es precisamente lo que he querido compartir aquí esta noche.

## **UNA COMPARACIÓN ENTRE HITLER Y TRUMP**

A las clases medias a las que Trump ha prometido tanto, es posible que les pueda ofrecer resultados concretos en Estados Unidos. Es importante subrayar que no se trata de establecer comparaciones directas –porque las comparaciones históricas nunca son exactas–, pero hay ciertos paralelismos que pueden ayudar a comprender el momento actual.

En 1933, cuando Hitler llegó al poder en Alemania, su discurso respondió a una situación de desesperación generalizada: el país salía de la crisis de 1929, arrastraba el trauma de la Primera Guerra Mundial, padecía una hiperinflación devastadora y un desempleo masivo. Nadie puede negar que Hitler logró movilizar a amplios sectores sociales, incluidos muchos provenientes de la izquierda progresista de la República de Weimar. Ganó las elecciones –no por una mayoría abrumadora, pero sí de forma decisiva–, y ofreció una respuesta efectiva a las necesidades inmediatas del pueblo: reindustrializó el país, generó empleo masivo, rearmó Alemania. Durante un tiempo, logró dar una respuesta concreta a las esperanzas populares. Pero esa misma dinámica condujo más tarde a la catástrofe total.

Algo similar podría ocurrir con Trump. En este momento, su política debe entenderse como un intento de responder a una necesidad muy concreta de la sociedad estadounidense. Por eso fue elegido y reelegido. En sus primeros dos meses de mandato, ha comenzado a implementar su visión, aunque de forma tan torpe que ya se perciben señales de irritación en ciertos sectores de la población, aun cuando los sondeos todavía no lo reflejan claramente.

Es muy posible que la principal resistencia al proyecto de Trump –un proyecto imperial, a menudo delirante– surja de la propia sociedad estadounidense. Pero para que esa resistencia se materialice, es necesario que alguien le hable a esa sociedad. Hasta el momento, ningún dirigente demócrata ha articulado un discurso claro y crítico frente a las políticas de Trump. Nadie ha dado un paso al frente.

## **UNA SOCIEDAD POSTMEDIÁTICA**

Uno de los grandes problemas de fondo es el papel de los medios. De hecho, hoy podemos decir que los medios tradicionales prácticamente no existen. Vivimos en una sociedad postmediática. Los grandes medios de comunicación han dejado de ser el canal principal de información y cohesión social. En su lugar, las redes sociales se han convertido en el nuevo espacio de comunicación, y quienes las usan somos nosotros mismos.

Durante dos siglos, los medios de masas cumplieron una función clave en el desarrollo de la democracia. A finales del siglo XIX, con la expansión de la prensa escrita, y más tarde con la radio y la televisión, la democracia se consolidó. Pero hoy ese modelo se ha apagado. La mentira, la manipulación y la propaganda dominan el escenario. Nadie está satisfecho con los medios que tenemos.

En este nuevo ecosistema, cada uno utiliza las herramientas disponibles. Muchos tienen su propio canal en Telegram, sus perfiles en Facebook o Twitter. Nos comunicamos con lo que tenemos, y en muchos casos, con los mismos medios técnicos que Televisión Española o cualquier gran canal. Pero este sistema postmediático tiene una consecuencia grave: la desaparición de las masas. Porque fueron los medios los que, históricamente, construyeron el concepto de "masas". Y al desaparecer ellos, las masas también se disuelven. Nos volvemos cada vez más individuos aislados.

Y en este aislamiento falta algo fundamental: liderazgo. No hay líderes ni lideresas. La política contemporánea está marcada por una mediocridad alarmante. Hay excepciones, por supuesto, pero el movimiento general va en esa dirección.

## **NO HAY RESPUESTAS DEFINITIVAS**

Por ahora, insisto, la principal forma de resistencia a Trump vendrá desde dentro de Estados Unidos. Lo mismo estamos viendo en otros lugares. Trump no es un fenómeno aislado. Esta sociedad postmediática está generando un tipo nuevo de liderazgo, adaptado a ese entorno. Rodrigo Duterte en Filipinas, Jair Bolsonaro en Brasil, Nayib Bukele en El Salvador... todos ellos son ejemplos de este nuevo tipo de líderes que emergen en sociedades muy distintas, pero dentro de la misma lógica comunicativa.

Y ese es, precisamente, el gran peligro que enfrentamos hoy: cómo organizarnos en una sociedad donde los elementos clásicos de organización han desaparecido o están profundamente debilitados.

Insisto: estamos en un momento en que cualquier reflexión es necesaria. Es un tiempo en el que los ciudadanos y ciudadanas deben mantenerse especialmente alerta, porque el mundo está cambiando rápidamente ante nuestros ojos. Y hoy, nuestros dirigentes no saben más que nosotros. Por eso, la sociedad debe estar atenta, vigilante, y dispuesta a pensar por sí misma ante lo que está ocurriendo.

La perplejidad de los dirigentes europeos, especialmente ante el cambio de postura de Estados Unidos, es significativa. De pronto, el que ha sido históricamente el principal aliado de Europa empieza a ser percibido como aliado de quien ha sido considerado su principal enemigo: Rusia. El choque es enorme. En cualquier estructura política o humana, si nuestro aliado más fiel de pronto se convierte en aliado de nuestro enemigo, la confusión es inevitable.

Un ejemplo claro lo vivimos recientemente en Panamá. Durante una estancia allí, Trump anunció su intención de recuperar el control del Canal de Panamá. El presidente panameño, uno de los más proamericanos que se pueda imaginar, se encontró completamente desorientado. No concebía tener que decirle “no” a Estados Unidos, justo cuando este exigía el control del único recurso vital del país. Panamá existe en función del canal; sin él, no hay país. La reacción fue de desconcierto, de sorpresa, de no saber cómo actuar.

Estamos, por tanto, en un momento donde no hay respuestas definitivas. Lo advertí desde el principio: no he venido a dar certezas, sino a compartir una reflexión, a explorar posibles perspectivas y a estimular la necesidad –urgente– de atreverse a pensar.

### **EL TRANSHUMANISMO: UNA DE LAS IDEAS CENTRALES DEL PROGRAMA DE TRUMP**

Uno de los temas más serios en esta reflexión es el transhumanismo, que forma parte del programa político de Trump. Su programa completo está disponible públicamente en internet, bajo el nombre Agenda 25. Fue elaborado con la Heritage Foundation y cuenta con 900 páginas. El transhumanismo es una de las ideas centrales de ese documento.

En Estados Unidos existe una ley muy importante, la Ley Sherman, creada entre finales del siglo XIX y comienzos del XX, con el objetivo de

impedir la formación de monopolios. Esta ley surgió como respuesta al capitalismo salvaje que surgió tras la Guerra de Secesión, cuando figuras como Rockefeller, Morgan o Carnegie crearon monopolios en sectores como el acero, el ferrocarril, la electricidad o la banca. El principio era claro: los monopolios perjudican a los consumidores, eliminan la competencia y permiten fijar precios arbitrarios.

Sin embargo, desde el auge de las grandes empresas tecnológicas, los monopolios han regresado, y nadie parece decir nada. Google es un monopolio. Twitter, también. Microsoft domina la industria de los microprocesadores. No hay ninguna acción legal contra ellos. ¿Por qué? Porque, durante el mandato de Obama, se estableció una suerte de pacto: se permitió a estas empresas enriquecerse y convertirse en las más poderosas del mundo, a cambio de una condición: que lideraran el desarrollo tecnológico.

La verdadera competencia geopolítica del siglo XXI no está en la conquista de territorios, sino en el dominio de la tecnología. Inteligencia artificial, computación cuántica, exploración espacial, microprocesadores: ahí está la verdadera batalla. Por eso, muchos analistas consideran que la guerra de Ucrania es una guerra del pasado, una guerra del siglo XIX. No del XXI.

Trump lo resume con una frase provocadora: "Esa guerra la termino en 24 horas". Porque, para él, el verdadero desafío no es Rusia, sino China. Y la disputa no será militar, sino tecnológica.

El resultado de este pacto entre Estado y corporaciones es la aparición de nuevas figuras dominantes como Elon Musk. Musk no solo lidera el sector de los automóviles eléctricos; es también la figura central del sistema satelital global, con Starlink, y está profundamente implicado en el desarrollo de microprocesadores. Su idea, como la del entorno de Trump, es avanzar hacia el transhumanismo.

Esta visión parte de una premisa inquietante: el cerebro humano, por poderoso que sea, ya no es suficiente para los retos del mundo que viene. Las máquinas ya superan al ser humano en tareas como el ajedrez o el juego de Go. La inteligencia artificial ha dejado atrás nuestras capacidades. Eso implica una ruptura radical con toda la historia del pensamiento humano.

Ante esto, el planteamiento de este grupo es claro: si queremos mantener el control, debemos convertirnos también, en parte, en máquinas.

La única forma de no ser dominados por las inteligencias artificiales es fusionarnos con ellas. La idea es que, mediante microprocesadores del tamaño de una moneda, se puedan implantar extensiones cognitivas en el cerebro humano. Así surgiría una nueva clase dirigente: una élite científica, académica y técnica transhumana, dotada de capacidades mentales superiores.

Es un proyecto profundamente serio. ¿Se generalizará? No lo sabemos. Pero no podemos descartarlo. Por eso, nuestra obligación moral es la lucidez. Debemos mirar al mundo tal como es –o como puede llegar a ser– y preguntarnos: ¿queremos vivir en ese mundo? ¿Estamos dispuestos a dejar que ocurra? Si no, debemos entrar en resistencia. Y la resistencia empieza por atreverse a ver con claridad lo que se está construyendo.